

Paul Valery

La hilandera



A hilandera sentada en la ventana azul,
en que el melodioso jardín se está meciendo,
se ha adormecido al ritmo de la rueca musita.

Cansada, ebria de cielo, de hilar la cariciosa
cabellera, a sus dedos débiles evasiva,
piensa, y su graciosa cabecita se inclina . . .

Surge una fuente viva de un arbusto y del aire
que deliciosa riega, suspendida en el día,
con sus flores perdidas, el jardín de la ociosa.

Un tallo en que la brisa vagabunda descansa
inclina el vago gesto de su gracia estrellada
y dedica a la rueca, magnífico, su rosa.

Pero hila la hilandera una hebra separada
que misteriosamente, frágil sombra, se trenza
hilada con el hilo de sus dedos que duermen.

Y el sueño se desvana con pereza de ángel.
La cabellera ondula al uso suave crédula
de la caricia el ritmo siguiendo sin cesar . . .

Moriste, niña ingenua, al borde del crepúsculo,
hilandera ceñida de follaje y de luz.
El verde cielo muere. El último árbol arde.

Tu hermana en que sonríe una santa, la rosa,
tu vaga frente al viento de su aliento inocente
perfuma, y languideces. Te extinguiste
en la ventana azul en que hilabas tu lana.

Durmiente



QUE secretos abrasa su corazón de virgen,
alma por suave máscara aspirando una flor?
De qué alimentos vanos su ingenio calor
forma esa irradiación de una mujer dormida?

Sueños, silencio, aliento, invencible reposo,
triunfas, paz poderosa, más fuerte que una lágrima,
cuando del pleno sueño, la amplitud y onda grave
conspiran sobre el seno de mi amiga enemiga.

Durmiente, áureo montón de sombras y abandonos,
tu terrible reposo comporta tales dotes,
oh, cervatilla lánguida, larga junto a un racimo,

que, con el alma ausente sumida en los infiernos,
en ese vientre puro que un flúido brazo cubre
tu forma vela; y mis ojos la contemplan.

(Traducción de Oscar Vera L.)